

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya
PROFESORA DE CANTO.

CAPITULO IV

Abril.

Muy tranquilo y libre en este mes de toda otra preocupación, pude dedicar mayor interés á mis viajes circulares *intramuros* y describir día por día mis observaciones. He aquí una de ellas. El tranvía viene á ser una institución educadora. En el contacto cotidiano con las gentes de toda especie, los orgullosos pierden un poco de su altivez, los egoístas oyen palabras y frases de desesperación y de dolor que hacen que su pensamiento se active; la señora que tiene un muchacho sano entre sus brazos, pregunta á una mujer del pueblo, que tiene un chiquillo pálido, por qué dobla tristemente la cabeza sobre el pecho, y á la idea poco

agradable de lo que ha visto, y admirada por la presencia y belleza de su hijo, baja del carruaje con el corazón oprimido, temerosa de que pueda verse en tal estado el fruto de sus entrañas. Es también una escuela de cortesía el coche público, porque á fuerza de ver á otros ceder un puesto á las mujeres, acaba uno por cederlo también casi por instinto de imitación y de ejemplo; la caridad que hace que uno de los pasajeros alargue la mano al anciano al subir, ó asir por los brazos á los ancianos que bajan; muchos que no tienen los sentimientos de la educación y de la cortesía desarrollados hacen otro tanto, porque el hombre más vulgar se siente inclinado á la cortesía viendo la mirada de muchos ojos que le observan y escrutan con expresión de disgusto, hiriendo el amor propio de los que se portan de una manera distinta de las gentes bien educadas. Si; esos cientos de carruajes que recorren y dan la vuelta por la ciudad durante todo el año, vienen á ser unos centenares de escuelas ambulantes donde las diversas clases sociales aprenden, unas de otras, muchas cosas útiles: por ejemplo que no es grande la diferencia que existe de unos á otros, es sólo por el aspecto. Si pobres y ricos se pusieran un poco en contacto, podría verse que todos son lo mismo, que todos sienten iguales impresiones y que todos están sujetos á las mismas miserias. Que produciría mucho bien si hubiera la costumbre de hablar y comunicarse los altos y los bajos, pues la aversión entre las clases sociales no nace tanto de la desigualdad de sus fortunas, como de la envidia recíproca, del odio, del des-

precio que sienten unos por otros y que la cortesía amenguaría en alto grado. Esto pensaba viendo en el carruaje á un señor grueso y á un joven obrero que se inclinaban los dos á la vez para recoger un objeto que se le había caído al suelo á una anciana compañera de viaje. Veinte años, de fiijo el segundo no se hubiese inclinado, ni mucho menos el primero.

*
**

Un nuevo conocimiento: *el Marqués*. Es un cobrador que, respecto á cortesía, puede considerarse colocado en el primer peldaño de la escala en la cual Tempestad ocupa el último.

Le conocí uno de estos días en la línea del Valentino, yendo á visitar á Angelo Mozzo. Le han puesto de apodo *el Marqués* y frecuenta la línea. Tiene la facha de un tenor: es rubio, pálido, esbelto, con ojos azules, boca de pájaro, y unos bigotes rubios como el oro. Saluda al dar el billete, vuelve á inclinarse al recibir el dinero, pide perdón antes de pasar por delante de algún pasajero, ayuda á las señoras y á los hombres á subir y á bajar, tomándose cuantos objetos les embarazan, y todo esto hecho de una manera tan atenta que no parece sino que aquella persona pertenece á una clase superior y que por un momento se ha entretenido en conocer por experiencia la clase de trabajo de los conductores de tranvía. Pertenece á la familia de los eróticos sentimentales. Parece un gran señor haciendo los honores de la casa á sus invitados. Se comprende que el tratar con el bello sexo sea

una verdadera delicia para él. Una sonrisa, un gesto de complacencia de una señora, le produce una impresión tan grande que durante un momento apenas respira, saliendo después de sus labios un fuerte suspiro. De fijo que ha sido bailarín de teatro regio, ó modelo de pintor, ó camarero de alguna vieja de la nobleza. Al apuntar el número en el libro talonario, adopta una postura tan artística, que parece como si dibujara el retrato de los pasajeros. Si alguna muchacha está enamorada de sus condiciones, debe sufrir terriblemente y estar celosa al pensar, que mientras está en casa trabajando, ó en el taller, él en cambio se halla entre una colección de mujeres, señoras y señoritas, distribuyendo billetes y sonrisas, cogiendo cada una de las piezas de diez céntimos como se coge una flor, y debe su alma estar inquieta durante todo el día, pensando en aquella línea que debe ser una obsesión perpetua, esperando que acabe aquella ingrata tarea como señal de liberación.

*
**

En la línea del Valentino, en el momento de hacer parar el tranvía, al salir de casa de mi amigo, ví nuevamente á la *virgen muerta*. Estaba sentada en el último banco; blanca, seráfica, impassible como siempre, destacándose entre las otras señoras como una *madonna* del Fiezolano, en medio de los figurines de un diario de modas. Me quedé de pie en la plataforma para admirar de cerca la riqueza de su finísimo pelo castaño, bajo el cual se inclinaba su cuello blanco y delicado, tan blanco, que hacía du-

dar si aquella mujer sería una niña, pues sus líneas purpúreas, tan delicadas, hacían creer que un ligerísimo apretón de manos bastaría para sofocarla. Tenía en las rodillas un paquete envuelto en la *Stampa* y le tenía cogido con una mano sutil y nivea como su cuello, y que de seguro no pesaba más que el pétalo de un lirio. Su cuerpo no se estremeció lo más mínimo, como si su naturaleza angelical fuera insensible al cambio de las estaciones. Sus mejillas, de purpurísimas líneas, no estaban más coloradas en aquel mes de abril que en los días más crudos del invierno, y ni una sola de las flores que llevaba en el sombrero y sobre su seno se agitaban. Estaba yo seguro de que tan tranquilo como las flores aquellas debía ser su pensamiento. La observé durante largo rato y volví á sentir la obsesión de saber quién fuese, pues no acertaba á imaginar que aquella muchacha tuviese ninguna ocupación que conviniera á su aspecto, tan distinto del de todas las demás muchachas que yo había visto. Y cuando estaba buscando en la imaginación, y cuando todo lo que encontraba me parecía discordante é imposible de conciliar con aquel modo de ser, con aquella serenidad de cielo de invierno, con aquella apariencia de ignorancia claustral ó de soberana indiferencia por el mundo, cuando mi pensamiento no reposaba ni un instante, imaginándomela tal como se me había aparecido la primera vez, coronada de rosas, envuelta en un velo blanco, tendida sobre un túmulo, con los brazos en cruz y una sonrisa en los labios, imagen de un mundo sobrehumano; mientras así la imaginaba, en un momento en que el

tranvía desembocaba en la carrera Victor Manuel, dió una sacudida violenta el carruaje y el paquete que llevaba sobre sus rodillasse abrió, y el contraste extraño entre lo que ví y lo que me imaginaba, inspiróme por un momento verdadero terror.

El misterio quedaba descubierto; tuve como una visión instantánea en la que se me apareció aquella mujer entre los horrores de una sala de disección. La verdadera, la última cosa que hubiese podido imaginar nunca. El paquete que llevaba aquella muchacha contenía una pieza anatómica. ¡Era una estudiante de medicina!

* * *

Estaba escrito sin duda. No llegaré nunca á conquistar el corazón del caballero que leía la *Gazzetta del Popolo*; hoy he caído bastante en su desgracia. Le tenía al lado en el tranvía, en la calle Garibaldi, en las primeras horas de la mañana. También en la jardinera, como en los carruajes cerrados, si no encontraba libre el puesto de la izquierda del último banco del fondo, antes de sentarse en otra parte se quedaba de pie en la plataforma. Teníamos ambos á dos en la mano la *Gazzetta*; yo me entretenía en admirar la precisión mecánica con que, para leer la página siguiente, desdoblaba el periódico, volvía á plegarle con gran cuidado por los primitivos dobleces pasando lentamente los dedos, operación que verificaba con gran solemnidad y como si se tratara de una cosa sagrada. Mientras él se ocupaba en aquel trabajo, le veía yo en su oficina hacer cada mañana los mismos pasos conta-

dos; tomar siempre la misma pluma del mismo puesto, apuntar cada día los mismos números y hacer el mismo trabajo; salir siempre á la misma hora y en los minutos precisos, é imaginaba yo que en su pensamiento se sucedían y reproducían, ciertamente con el mismo orden y lentitud con que doblaba el periódico, y que debía de ser una imagen de su casa de buen turinés célibe y tranquilo; célibe sin duda, porque era imposible que un hombre semejante hubiese querido someterse al desorden viviente de una mujer. Y ¿cómo, pensando todo esto, pude cometer ante sus ojos la imprudencia que cometí? Para buscar una noticia que me convenía en la segunda página de la *Gazzetta*, metí la mano y desgarré el periódico con los dedos. Se volvió hacia mí como si su instinto le advirtiera el acto vandálico que yo cometía. Observó con ojos desmesuradamente abiertos el horrible destrozo que había hecho mi mano en el margen, y levantando luego los ojos por encima de los lentes, me miró un instante con expresión indecible de estupor que me hizo comprender entonces la enormidad de mi delito, y dije para mí:

— Me he perdido; nunca más, nunca más podré volver á adquirir la estimación de este hombre.

Y, efectivamente, por el cuidado más meticuloso que nunca con que dobló el diario antes de bajar del tranvía, y por la mirada que me echó como de despedida, comprendí claramente el intento de enseñarme cómo deben hacerse ciertas cosas, y que en lo sucesivo ninguna relación amistosa podía existir entre los dos. Pues bien; sí, tiene razón; debía de haber una diferencia enorme de temperamento, de

vida y de opiniones entre quien rompe un diario, como yo lo hice, y quien lo dobla como lo hizo él. ¡Qué diablo! *Dime cómo tratas la «Gazzetta del Popolo» y te diré quién eres.*

*
* *

Paseé durante toda la tarde del domingo para gozar del espectáculo curiosísimo que puede ofrecer una jardinera que lleva una gran multitud; treinta rostros que parecían un enjambre humano volante. Rostros curiosos, rostros alegres, rostros impasibles, rostros estúpidos y como adormecidos por la digestión difícil de una comida dominical; rostros brillantes y alegres, ó sonrientes con la dulzura que presta la satisfacción de un reposo honesto; ojazos negros ó azules que os lanzan un rayo de luz; parejas de amantes que cuchichean al oído; viejos arrugados que se adormecen; cabezas blondas de muchachos que agitan los brazos en señal de alegría hacia quien los mira. Dura la visión un solo momento; pero si en el tranvía que pasa en dirección contraria se advierte una señora muy hermosa, ó un vestido elegante ó un sombrero extraño, todos los ojos de los pasajeros se vuelven rápidos, siguiendo la visión fugaz, y en aquel rápido encuentro se reconocen á veces aquí y allá los pasajeros, cámbianse saludos y señas amigables con la mano, apóstrofes truncados que se repiten á distancia, como de popa á proa entre dos vapores. Vénse primero treinta caras de frente, después treinta cabezas de perfil, y luego treinta nuca y treinta espaldas. la comitiva se presenta bajo el aspecto de un

grupo estatuario puesto encima de un tripode giratorio. Se encuentran jardineras en las cuales domina el elemento juvenil y que parece que tengan un aire de fiesta; otras que parecen llevar una carga de melancólicos y de malhumorados, pues todos los rostros están graves y como adormecidos; y algunos, en fin, que teniendo guardias en la plataforma delantera y algunos soldados y carabineros en la plataforma trasera, recuerdan la imagen de un coche celular que conduce presos desde la cárcel á la audiencia. Lo más curioso de esos trayectos puede advertirse cuando llega la noche, cuando los tranvías pasan rápidamente, iluminados por los rayos blancos de la luz eléctrica, ó amarillos del gas, y variadamente alumbrados con los faroles blancos, oscuros, verdes, encarnados y azules de los coches, rostros congestionados de borrachos, caras lánguidas de amantes, niños adormecidos, cabezas de jovencitas apoyadas sobre los hombros del marido, brazos varoniles que rodean la cintura de la mujer, manos amorosas entrelazadas, bocas y orejas que se tocan, y las facciones tristes de algún pasajero solitario oprimido por todo un día de invencible tedio. ¡Oh! cuántas tristezas y desilusiones, cuánto pesar del dinero gastado, cuánta impaciencia febril de los enamorados, cuántas esperanzas y sueños de amor naciente, y presentimientos tristes de amargura llevan á casa durante la noche todos aquellos carruajes. También llevo yo alguna amargura á mi casa. En una jardinera que pasaba reconocí á mi *enemigo*; estaba de pie en la plataforma delantera y llevaba al lado una muchachita de ocho

ó diez años que se le parecía mucho, de la cual ignoraba yo la existencia, graciosa, con dos grandes ojos bondadosos y dulces ya, un poco velados por el sueño. Púsemelo al lado, á la distancia de dos pasos, bajo la luz de un farol eléctrico, cruzáronse nuestras miradas, tuvimos tiempo sobrado para estrecharnos las manos... y volvimos la cara ambos á dos hacia la parte opuesta. ¡Ah, viejos muchachos vergonzosos!

*
**

El tranvía es un magnífico observatorio para conocer la avaricia. ¡Hé aquí un señor que hace incomodar lo menos á diez personas y volver la comida á la boca para buscar una pieza de diez céntimos que se le ha caído! Hé aquí un caballero que parece un senador, cubierto de pieles, enguantado y con sombrero de copa, que arma un escándalo porque el cobrador le ha dado en la vuelta una moneda griega; he aquí un provinciano que no quiere pagar cinco céntimos de más por el último trayecto porque su magnífico reloj no marca todavía las diez de la noche. En la plaza de Solferino sube al tranvía del barrio de Casale una familia acomodada; se compone de marido y mujer, tres muchachas y un niño de dos ó tres años que tiene en la mano un juguete. El marido, que me daba la espalda, se veía que llevaba teñido el pelo, y en él más cosmético que valía el billete del muchacho, que rehusaba pagar, disputando con el conductor del coche, desde el trozo comprendido entre la calle de Santa Catalina y la plaza de San Carlos.

- El niño tiene la edad...
- Pero en esta misma línea no ha pagado.
- Habrá sido con otro conductor.
- No tengo obligación de recordarlo.
- Basta que yo lo diga. No debo faltar al reglamento porque otro haya faltado.
- El reglamento veo que lo interpreta cada uno á su gusto.
- Yo no lo hago,—observó el empleado.
- La compañía prescribe que se responda en otras formas.
- Respondo en el tono que se me habla.
- Yo estoy bien educado.
- Pues yo también.

Quizá me engañe; no podía verle de frente, pero por la voz y por el acento con que dijo: «acudiré en queja á la dirección», creí que era el mismo sujeto que armó un escándalo parecido en la línea del barrio de Niza. Bajó, dándome la espalda, en el ángulo de la calle Plana, y le ví ir con su familia hacia el teatro Gerbino, á gastar sesenta veces el valor de aquella moneda por la cual había armado tanto escándalo. ¡Cuánta torpeza y miseria la de algunos hombres! Tiran sin sentir una moneda de oro cuando les conviene, y en cambio defienden una pieza de cinco céntimos con tenacidad vergonzosa! ¡Oh! raza de avaros empedernidos, que con esas pequeñeces y tacañerías sembráis á vuestro alrededor la ira y la aversión y excitáis el odio entre las clases sociales! ¿Cuándo acabaréis de deshonoros diez veces al día por cinco céntimos?

*
**

Me gusta también el tranvía porque se puede observar de cerca á los muchachos que suben á él. Ello me ha permitido examinarlos con toda comodidad y especialmente en las jardineras, gracias á la costumbre que tienen de arrodillarse sobre los bancos, dando la espalda á los caballos y la cara á los pasajeros de atrás. Casi diariamente hago algún conocimiento nuevo. Por dos veces, volviendo á casa desde uno de los frontones, he podido admirar á una niña de poco más de dos años que sus padres llevaban hacia las seis de la tarde á dar una vuelta por la Viali. Son marido y mujer pequeñitos, regordetes, y en su rostro se adivina la satisfacción. Se vé claramente que aquella niña es el único y tardío fruto de sus plácidos amores, venida al mundo cuando ya no la esperaban, después de haberla anhelado durante muchos años. Y esto se advertía por las caricias continuas y alocadas de que era objeto, devorándola continuamente con los ojos, y se advertía también en la complacencia con que se reían al menor gesto de la criatura y á la más insignificante de sus palabras, hasta cuando con los zapatitos ensuciaba sus vestidos ó les molestaba de un modo horrible. Esta tarde estaba arrodillada sobre el banco del fondo y me miraba á mí, que estaba de pie frente á ella, como si hubiese mirado la Mole Antoneliana: tenía un rostro redondo de virgencita, iluminado por dos hermosos ojos azules y coronados por una finísima cabellera castaña cortada á la escocesa, sobre la frente, y cayéndola sobre el vestido de color de rosa. Sonreía vagamente mirándome como si recordase haberme visto alguna vez, con esa extraña expresión de benevolencia,

cia, curiosidad y malicia propias de la infancia, que parecía decirme:

—¿Quién eres? ¿Por qué me miras? ¿Qué quieres de mí?

Y en tanto movía los labios é hinchábasele uno y otro carrillo como si masticase algo.

De pronto metió la mano en la boca y luego la extendió para mostrarme que lo que tenía en la palma de la mano era un trocito de caramelo. Después balbuceó algunas palabras, que no comprendí, volviendo á meterse el caramelo en la boca, y continuó sonriendo y moviendo graciosamente la cabeza de un lado á otro. Yo la miraba, la miraba obstinado, buscando el secreto de aquella fascinación divina de la infancia que sin hablar dice mil cosas, confusas, lejanas, casi sobrehumanas, imposibles de traducir en palabras; de aquella potencia de su mirada vaga, que no penetra en nuestra alma, pero ante la cual desaparecen, huyen y se dispersan todos los pensamientos tristes é impuros, como huye una bandada de aves nocturnas al primer rayo del alba. Y mi corazón la decía:

—Mirame, mirame más todavía, así, que huyan de una vez todas las miserias de la vanidad, del odio innoble, de la mentira vil, del orgullo; haz que huyan todas esas cosas.

Pero un perro que corría al lado del tranvía la distrajo de aquella obra purificadora y no me fué posible volver á llamar su atención, que seguía fija en el perro y no en mi persona, ni aun tocándola como lo hice en la barbilla.

Aquella caricia hizo que los padres se volvieran hacia mí sonrientes. Preguntéles qué edad tenía la

niña. No puedo explicar el acento con que me contestaron ambos á un mismo tiempo.

—Veinte y tres meses.

No de otro modo hubiesen contestado:

—Tenemos veinte y tres millones.

Sentí que aquel número significaba para ellos la fecha de una segunda vida, y que me decían desde cuánto tiempo había caído sobre su casa la bendición y la gloria. ¡Cuán dulces se sienten las alegrías de nuestros prójimos!

Sentí á mi vez una alegría verdadera, profunda, y dije para mí:

—Sed felices, y ¡ojalá esta criatura constituya siempre vuestro regocijo y no tenga nunca un latido de fiebre, ni un golpe de tos, ni una noche agitada, ni pálido el rostro, aunque sea por breves momentos!

*
**

En el mismo tranvía, tres tardes después, encontré al obrero lombardo, aquel que me había dicho que yo era un mal político porque no había querido espontanearme acerca de mis ideas.

También esta vez había celebrado la fiesta dominical: lo decía bastante el sudor que le corría por la frente y la expresión alegrilla de los ojos; pero aquella tarde tenía un freno en forma de mujer, que debía ser la suya, alta, seca, sentada á su lado. Apenas me vió, miróme de frente con sus ojos encandilados: temblé á la sola idea de que pudiera reconocerme y volviere á hablarme de sus ideas políticas, pero afortunadamente no me reconoció y empezó á hablar por su cuenta, y sin dirigirse di-

rectamente á nadie, de la revolución de Creta; quería ir á Creta, y, bruscamente, levantando la voz, me hizo la proposición de ir con él. Pero le distrajo la campanilla del Viático que pasaba por la otra parte de la calle de San Mauricio. Y entonces empezó á discutir con su mujer. Casi todos los que iban en el tranvía se descubrieron al pasar el Viático; él no lo hizo, y su mujer le dijo que se quitase el sombrero. Contestó que no le daba la gana.

—¿Ni siquiera al Santísimo respetas?—le preguntó la mujer en dialecto piamontés; y alargó al mismo tiempo la mano para arrancarle el sombrero. El se apartó violentamente y exclamó:

—«Cuerpo de... ¿me quieres dejar? Yo respeto las ideas de los demás y quiero que respeten las mías.. Yo soy librepensador».

Pero la mujer consiguió quitarle el sombrero á pesar de sus esfuerzos. Después volvió á ponérselo, y no sabiendo como vengarse empezó á disputar con el conductor porque hacía parar el tranvía para bajar la gente.

—Cumpló con mi deber,—decía el conductor.—
¿No ha de subir quien quiera?

Parecía que no era esa la idea del obrero; no, no señor, no debía subir quien quisiera, sino únicamente aquellos á quienes á él le diera la gana. ¿No había ido él á la campaña con Garibaldi? ¿No había formado parte de su expedición? ¡Pues entonces!... El tranvía era sólo para él y para los que ya estábamos en él. Me miró atentamente, y luego, estrechando mi mano, exclamó:

—Bueno, sí... tiene razón.

Dicho esto, movió la cabeza como si desaprobara

su fea conducta, cerró los ojos, y cuando yo bajé no lo advirtió siquiera. Dormía tranquilamente.

*
*
*

Estoy decididamente en un período afortunado por lo que hace á los tranvías. Decidíme hoy á tomar el carruaje de la línea de Vanchiglia, en cuya plataforma ví aquel puerco espín de Tempestad, el cochero de que he hablado ya, y que conocí hace un par de meses en la línea de Niza. Se conoce que la primavera no ha dulcificado su carácter. En el momento de subir, estaba vomitando una injuria horrenda contra el caballo llamado *Balia*: desde el cual, sin cambiar la expresión de su mirada la pasaba á mí, como si yo fuese un cómplice del animal. Calló unos momentos apretándose los dientes; pero cuando llegamos á la plaza de Victor Manuel, al ver subir á una mujer que dejó á sus pies un gran cesto, empezó á vomitar una serie de juramentos tan horribles y con una expresión tan feroz que quedamos horrorizados cuantos le oíamos. No terminó aquella letanía hasta que llegamos á la calle del Príncipe Amadeo. Entonces, al ver que no se apartaba de la línea una viejecilla sorda á sus silbidos y vociferaciones, refrenó por un momento los caballos, y con voz terrible lanzó tres ó cuatro votos capaces de horrorizar al mismísimo Lucifer si los hubiese oído. Luego volvió á gruñir, viendo que la calle estaba cuajada de gente y pensando en lo que tendría que padecer para atravesarla. Examiné con cuidado á Tempestad, y advertí que toda aquella furia espantosa provenía de que había empezado su

almuerzo en mitad de la barrera de Casale y que debía acabar en la plaza de Carlo Felice. ¡Pobre Tempestad! Se comprenden los estragos que esto debía causar en un temperamento como el suyo. Paró delante del teatro, dando al freno una vuelta tan violenta como si intentase romperlo. Y he aquí que su naturaleza endiablada fué sometida á una prueba durísima. Iba á subir al coche una de aquellas pobres señoras para quienes subir al tranvía equiva le casi á hacer un viaje á América. Rodeaba á la señora un verdadero ejército de chiquillos, todos ellos suyos, y que estaban apostados en diversos sitios encaramándose por todos lados, por estribos y plataformas, sin que la madre viera á punto fijo donde se colocaban aquellas simpáticas criaturas, lo cual hacía que exclamara:

—¿Dónde está Carlos? Julia, ponte allí. No, Augusto, no quiero que estés de pie. Carlos, ven aquí, que hay sitio. Marieta, agárrate bien á la barandilla.

Y Tempestad, viendo que no se le daba la orden de marchar, giraba á todos los lados sus ojos furibundos y se estremecía como un mastin encadenado. Cuando estaba á punto de soltar la brida á los caballos la señora le detuvo con un gesto, porque uno de sus hijos no estaba sentado todavía. Al cabo, soplando como un búfalo, Tempestad soltó el freno y gritó:—¡Adelante!—Pero la señora exclamó:—Un momento: ¿es éste el tranvía que va á la Puerta Nueva?—Tempestad contestó con un sí que tenía lo menos siete eses, arreó y empezó á flagelar á los caballos, como hubiese hecho con el peor enemigo, y á soplar en el cuerno, con tanta rabia, como si

silbase á Turin entero. Silbó el monumento de Carlos Alberlo, silbó la Casa de Correos, silbó el palacio de la Academia de Ciencias y trotó por la calle de Lagrange con la furia de un conductor de un carro de guerra que se lanzara á rienda suelta contra el enemigo. Pero estaba escrito que la jornada había de acabar mal. En la esquina de la calle de Cabour se soltó el gancho de uno de los tirantes, tropezaron los caballos con las correas y se pararon. Saltó como un rayo Tempestad, lanzando llamas por los ojos, y mientras el cobrador arreglaba los tirantes, empezó á dar puñetazos á los caballos, lanzando miradas asesinas contra dos pasajeros de la plataforma y contra mí que le gritábamos que cesara de dar tan desconsiderada paliza. Sin hacer caso de lo que le decíamos, continuó menudeando los golpes, especialmente contra *Balia*, que alzaba la cabeza convulso y tembloroso, pero sin relinchar, como una pobre mujer que calla para no atraer gente al recibir una tunda del marido bestial, que no comprende, pero perdona la infamia. Indignados los que veíamos aquella escena, estábamos á punto de bajar para hacer que concluyera, cuando llegó corriendo desde una esquina, un viejecillo con sombrero de copa, menudo y esmirriado, pero atrevido y resuelto como un caballero de la Edad Media, que afrontó las iras del auriga, cogiéndole con ambas manos por uno de sus brazos. Tempestad lo miró un momento y, dando una sacudida, lo lanzó lejos de sí, tratándole de abogado de las bestias. Era en verdad, como decía Tempestad, miembro de la *Sociedad protectora de animales*, se alzó de ello, sacó una agenda para tomar el número de la jardinera,

y dijo que iría á dar parte á la dirección. Tempestad volvió á subir á la plataforma, con el rostro verde, mascando rayos; pero apenas había vuelto á emprender la marcha, cuando oyendo decir á su lado:— Ha hecho bien,— se volvió mirando al temerario con ojos de fuego. Quien había hablado era un hombre de unos cuarenta años, de rostro serio y benévolo, que tenía el aspecto de un obrero instruido. Sostuvo resueltamente la mirada del cochero, y luego dijo con acento amigable y despacio, como el que repite una frase leída en un libro:— Seguramente... los animales son los compañeros de trabajo, no los esclavos del hombre.

Tempestad no contestó.

*
* *

Estamos en plena primavera. Los tranvías de las avenidas corren durante largo trecho bajo las altas bóvedas de castaños, plátanos y acacias, salen al sol y vuelven á sumirse en la sombra como coches errantes en medio de un parque; las ventanillas y los rostros de los pasajeros se cubren de reflejos verdes; y las jardineras pasan rozando los céspedes que crecen junto á la vía y vibran en la atmósfera notas de pájaros y perfumes de flores. El buen Giors aspira y bebe toda esta frescura á plenos pulmones, absorbiendo el aire embalsamado que resulta un excitante para su estómago. Le excita de tal manera, que afirma con mucha seriedad que, en rigor, cuando llega la primavera, la Sociedad debiera dar doble paga. ¡Pobre Giors! Esta mañana, en la carrera Vinzaglio, sintió un verdadero do-